

LA HISTORIA DEL Legendario "OCHO CADETE" Y ALGO MÁS

Con mucha imaginación y no menos coraje, un grupo de cadetes guiados por su oficial instructor de remo y apoyados por sus superiores, lograron convertir en realidad lo que parecía una utopía: llevar la actividad náutica deportiva dentro de la Institución a un nivel de excelencia. En esta nota, su autor recuerda las vicisitudes que debieron sortear para concretar ese sueño. Además,

no oculta su emoción al pasar revista a momentos sobresalientes de su vida "prefecturiana" hasta su reciente designación como "capitán honorario del "Mandubí".

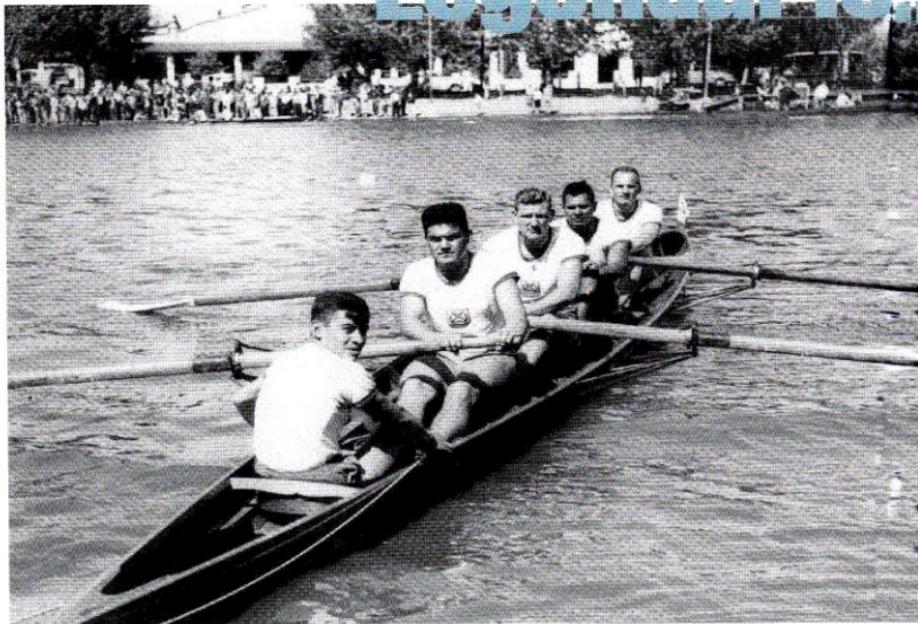
Nuestra ligazón con el río no comenzó sólo cuando ingresamos en la Escuela de Prefectura; en realidad yo, por lo menos, ya había hecho práctica de la náutica deportiva, en especial del remo, desde bastante tiempo antes. Y no era el único que tenía esa experiencia; por ello, entre el oficial principal Vairolati -por aquel entonces instructor de 1^{er} año-, que había remado en el Club de Regatas Rosario y a quien ya conocía porque continuamente viajábamos de Paraná a Rosario a jugar al waterpolo, y el cadete Kier, entonces de 2^o año, que era remero clasificado del Club de Regatas La Marina, comenzamos a hablar acerca de la posibilidad de armar una tripulación para un bote de carrera que nos representara en las canchas de remo.

En el año 1955 se formó un "ocho" con cadetes de la Escuela, pero, por diversos motivos, no hubo continuidad y lo que fue un propósito de envergadura no pudo avanzar. El cadete Kier se recibió ese año -1955- y fue destinado al Curso de Aviación y nunca más supe de él. Igual sucedió con el oficial Vairolati cuando fue trasladado.

Recién en 1956 llegó a la Escuela el -por entonces- oficial auxiliar Tello, oriundo de San Nicolás y socio del Club de Regatas de esa ciudad. Con él comenzamos un profundo diálogo, porque en Paraná fui alumno de remo de uno de sus amigos, quien a su vez era conocido de mi familia.

Luego de largas charlas y no sin esfuerzo y dedicación formamos un "ocho" poderoso; era el comentario del ambiente y llegó a ser el primer bote de carrera de la Escuela, que para esa época ya funcionaba en la Isla Silvia. Pero otro imprevisto dio por tierra con el propósito: esta vez una epidemia de gripe.

No obstante los contratiempos, la idea había prendido y nos habíamos propuesto participar en la temporada de carrera y en nuestro ámbito, el Tigre. En esos momentos, como cadete de 3^{er} año hice todo lo que po-



1955, cadetes Agustín F. Pereyra, Jorge D. Didolich, Federico L. Wilson, José O. Gómez y Pedro A. Ballestra

día dentro de mi nivel y logramos formar el primer "cuatro novicio" que representaría a la Escuela.

Pero había una competencia para no subestimar: por esos años, la Escuela Naval tenía muy buenos botes. Un substancioso comentario del diario La Nación acompañaba a la fotografía que ilustra esta nota, después de haber ganado las eliminatorias del sábado. El domingo siguiente, ante una entusiasta muchedumbre se corrió la final. Demás está decir que estaba presente media Prefectura. Perdimos por media tela y en la última remada.

Corrimos dos regatas, una en Tigre y otra en Río Santiago y en las dos salimos segundos con-

tra un bote que venía de remar varios años, muy bien preparado en el Club de Regatas La Plata. En tanto, nosotros corrimos con un bote del Club de Regatas Corrientes que estaba guardado en el galpón del Club América.

Fue un acontecimiento con ribetes históricos dentro del ambiente del deporte náutico, donde se palpitaba con alegría que surgía una estrella llena de esplendor para una Institución tan querida en el mundo náutico como era la Prefectura.

No cabíamos de contentos con nuestro debut, igual que el oficial Tello, el hombre que pacientemente había logrado, con su esfuerzo y dedicación, "presentarnos en sociedad".

"OCHO CADETE"

Y
ALGO
MÁS.

En la Escuela era inimaginable la alegría que tenían todos, especialmente su director, el prefecto principal Ricardo Bierwerth que cumplía su primer año en tal carácter, y esto lo destaco especialmente, porque estoy convencido de que fue el iniciador de una nueva Escuela en el sentido más amplio de la frase. Lo aprecio como un padre, porque se acercaba a nosotros como nunca antes lo habíamos percibido.

Gracias a diversas gestiones conseguimos un "cuatro" y un "ocho" para la Escuela, que estaban en el salón de botes de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) y que, con el tiempo, tantas alegrías nos brindaron. Recuerdo que los guardamos en el primer galpón, que rellenamos a mano los cadetes de 1^{er} año.

Estas son las historias que, por distintas circunstancias, nunca trascendieron y que hoy, por el hecho de darlas a conocer, me da una cuota de tranquilidad y, reflexionando sobre todos estos años, recuerdo que cuando fui cadete y a lo largo de mi carrera soñé con una Escuela como la que hoy tiene la Prefectura para educar a nuestros jóvenes.

El día que me comunicaron que había sido distinguido para recibir el título de capitán honorario del "Mandubí", confieso que tuve que sentarme porque se me aflojaron las piernas.

Los griegos decían que "...las glorias no son eternas...", pero yo agrego, ¿cuántos pueden contar historias como las que tuve la suerte de vivir? No sé si todos los que pasaron por los barcos pueden contar como yo, que fui tripulante del yate ARA "Fortuna", una gloria de la navegación de vela; fui el primer práctico del Canal Beagle; además, el primer oficial nombrado por Orden del Día como encargado tripulante de ese verdadero orgullo de nuestra Institución como es el "Esperanza" y tantas otras que sería muy largo enumerar.

Cuando me entregaron la distinción, en el Servicio de Buques Guardacostas o mi antiguo "Patrullaje", en esa reunión tan linda, tuve la suerte de estar con mis "muchachos" como yo los llamaba y sentí el afecto y el cariño que me brindaron lo que me dejó la impresión de que no fui tan mal superior.

Hoy, que estoy llegando al ocaso de mi vida, confieso que me siento infinitamente feliz, porque siempre pensé en mi querida Prefectura.